

fernando garcía ponce

Con demasiada frecuencia se confunden ver y entender. Este error es el tributo que la crítica de la pintura rinde a la literatura, y es el origen, a veces, de las estéticas más disparatadas y de las interpretaciones más divergentes. Si la pintura fuera una forma particular de la escritura, lo más que podríamos obtener de ella es su silencio. El silencio es lo ilegible por excelencia. Si fuera como música, sería cosa visible, pero muda. Otros le asignan valores más generales, y en nuestro siglo el más grande pintor figurativo clama porque, ante todo, la pintura sea drama; categoría que excluye a todo el arte silencioso, ilegible de nuestro tiempo, que mal llamamos "abstracto".

Pero el deslinde de los vastos territorios que se extienden más acá o más allá de ese hecho mudo, no es ni tan simple ni tan fácil en términos de una obra pictórica como la de Fernando García Ponce, regida por ese imperativo de silencio visible, y, sobre todo, concreto. El cuadro se erige en frontera entre dos abismos: el de nuestra sensibilidad y el de la intención del artista. Pero más allá de sí misma, la obra encubre un misterio impenetrable. Es tal vez por eso que una de las mayores virtudes de este pintor es la de poder hacer que el misterio, el arcano, lo inasible, lo abstracto, en suma, desaparezcan, y que no quede para ser visto y conocido de la obra de arte, sino aquello acerca de cuya existencia y realidad no puede haber duda.

La pintura es su propia evidencia; los cuadros son la última realidad, la representación del drama de la forma pura que en sí misma se cumple. En el caso de la pintura de García Ponce, este drama tiene un carácter geométrico. No por el evidente juego de formas geométricas de que se vale el pintor para concretar la forma pictórica, sino geométrico en la medida en que es un drama de relaciones, como el Partenón, el postulado V de Euclides o la banda de Mobius; un drama de la división del espacio pictórico, drama que se inicia para no terminar jamás, para estar desarrollándose en todo momento dentro del vacío absoluto que lo contiene como un hecho vedado a todo, menos a la contemplación, inaccesible a todo contacto, menos el del ver puro.

Otros han concebido el drama de la pintura de García Ponce como una conjunción del rigor extremo, y como una aspiración inflexible a la pureza formal absoluta; otros, como la conjunción de dos geometrías: una geometría apolínea y una geometría dionisiaca. ¿Faltaría acaso el drama ahí donde ya está la tragedia?

Pero entonces, ¿cuál es exactamente la relación que estas figuras nos plantean? Las llamo figuras porque, como dice Picasso, todo es figura, hasta la metafísica. La pintura de García Ponce también. ¿Figura de qué si de sí misma no?

Sería demasiado fácil, si por algún procedimiento nos hubiéramos puesto a hacer un análisis lingüístico de la pintura de García Ponce, reducir lo que nos está **presentando**, a un esquema o signo expresivo de lo que nosotros creemos que nos está **diciendo**. Pero está hecha de silencio en presente de indicativo; es una pintura sin futuro, sin efecto, sin pasado y sin causa. Una tradición inmemorial nos ha creado la necesidad de entablar un diálogo con la obra de arte. Nosotros preguntamos y la obra responde. Pero aquí no hay diálogo, hay solamente formas, respuestas sin pregunta, respuestas puras.

Pero por más impropia que sea la exégesis de la obra pictórica, no es menos inevitable o ilimitada. Es fácil, también, inventar estructuras generales que nos sirvan a modo de diccionario del arte; lo difícil sería obtener por este procedimiento la verdadera identidad de esa relación; esta sería de hecho la finalidad de un arte en el que, como el de García Ponce, se imponen la pureza y la independencia como imperativos de su búsqueda o, más bien, de su encuentro. Resta saber si no existe una figura del deseo de relación entre las formas, pues si hubiera que nombrar esa causa que ocultan en un pasado que han perdido, deseo tal vez fuera precisamente la palabra que las define más claramente: existen por el puro deseo de la forma. Su belleza es la libertad en que existen como producto de un rigor exhaustivo. Nada las constriñe a ser partes que forman un conjunto, sin mengua de esa libertad que, como un vacío perfecto, las contiene en su estado puro.















